

señor el Delfín Luis en la ciudad de Tours con Madama Margarita, hija del rey de Escocia, dama honesta, muy aficionada á los oradores de la lengua vulgar, y en particular al maestro Alano Chartier, que es el padre de la elocuencia francesa, á quien tuvo en la mayor estima á causa de las hermosas y excelentes obras que había compuesto; hasta tal punto que un día, al pasar por una sala donde se había quedado dormido en un banco el maestro Alano, fué á besarle en presencia de toda la compañía, y el que la conducía, le dijo lleno de envidia: « Señora, estoy asombrado de que hayáis besado á ese hombre tan feo », porque á decir verdad, no tenía su cara nada de hermosa. Ella respondió: « No he besado al hombre sino la preciosa boca de la que han salido tantas excelentes y virtuosas palabras. »

Es muy probable que esta anécdota, tan frecuentemente citada, sea falsa y hasta es preferible que así sea. Margarita de Escocia vino á Francia en 1436, cuando Alano Chartier había ya muerto. Hizo muy bien, porque desempeña un papel algo ridículo en esta historia, que le representa como un vulgar borracho que se queda dormido en un banco de una sala, tan á pierna suelta que no logra despertarle el beso real ni el tumulto del cortejo de la princesa. Complácenos imaginar que Alano Chartier tenía la digestión algo menos pesada. Nacido en Bayeux hacia 1390, dividió su vida en dos partes: los sueños y la acción.

Una parte de su existencia la consagró á poesías<sup>1</sup> graciosas y frívolas, que agradaron mucho y contrastan con la gravedad de las circunstancias, tanto como los idilios de Robespierre con el Terror. Divertíase en estos refinados preciosismo como *La Disputa del Despertador* ó *La Hermosa Dama Cruel*, que tuvieron mucho éxito durante la guerra civil y la invasión inglesa.

Por otra parte, obraba por medio de la pluma, y ponía su pensamiento al servicio de la política y del rey. En latín y en francés enviaba mensajes y exhortaciones á los partidos. Su *Cuadrilógio Invectivo* es un coloquio nervioso entre Francia y los Tres Órdenes á los que suplica que no la abandonen; hay páginas de grandísima elocuencia.

Acompañaba á las embajadas, pronunciaba discursos políticos, llevaba á feliz término misiones oficiales, é inauguraba de esta suerte la serie de esos poetas que quieren desempeñar un papel en los negocios de su país<sup>2</sup>.

1. Nuestro célebre marqués de Santillana (1398-1438), que compartió igualmente su vida entre las dulzuras de la poesía y las agitaciones de la política, cita al « *Maestre Alan Charro-tier* (Chartier) muy claro poeta moderno... que con grand elegancia compuso é cantó en metro el *Debate de las quatro damas*, la *Bella Dama Sanmerci*, el *Revelle matin*, la *Grand Pastora*, el *Breviario de nobles* é el *Hospital de amores*, por cierto cosas asaz fermosas et placentes de oír ». (N. del T.)

2. Análogo papel desempeñó en la literatura española Mosén Diego de Valera (1412-1488), cortesano, hombre de guerra, cronista, poeta, orador parlamentario, embajador y consejero de príncipes. Sostuvo cerca de Dijón el paso honroso del *Arbol de Carlomagno*, triunfando de sus adversarios. Olivier de la Marche le cita en sus *Memorias* con gran elogio. Su *Tratado de las armas* fué traducido en francés por Hugo de Salves, según Morel Fatio. (N. del T.)

Su *Libro de la Esperanza* es un generoso llamamiento á las energías y á las esperanzas en el momento en que Francia parecía perdida y entregada en manos de los ingleses. Poco después apareció su carta al emperador de Alemania, Segismundo, que es un panegírico elocuente de Juana de Arco « la cual no viene de la tierra sino que es enviada del cielo ».

Vivió, sufrió, padeció y esperó con Francia; esto se echa de ver en sus discursos y en sus cartas, aunque no mucho en sus poesías, que siguen siendo entretenimiento de hombre ocioso. Esteban Pasquier le juzga de un modo sano en el elogio que de él hace: « Autor de no escaso ingenio, ya consideremos en él el buen enlace de palabras y de frases escritas ó ya nos fijemos en la gravedad de las sentencias; gran poeta de su época y más grande orador aun ». Fué un artista de palabras; su poesía carece de calor, de entusiasmo y de pasión; es de su época, como lo fueron los siguientes.

\* \* \*

Le Temps a laissé son manteau  
De vent, de froidure et de pluie,  
Et s'est vêtu de broderie,  
De soleil luisant, clair et beau,  
Rivière, fontaine et ruisseau  
Portent en livrée jolie  
Gouttes d'argent, d'orfèverie<sup>1</sup>.

Estos versos son muy conocidos; pertenecen á Carlos de Orleáns. Son armoniosos, graciosos, prestigiosos y sin embargo no son buenos. Sólo se ve en ellos remilgamiento, rebuscamiento, paciente cinceladura de frágil joyería, arte minúsculo de chirimbolos de rinconera, preciosismo exagerado, imágenes vagas que nos admiraría ver realizadas por el pincel en una ilustración concreta y exacta de su concepción infantil. La lengua misma es la de los cuentos de hadas escritos para los pequeñuelos; es el triunfo del detalle lindo y baladí, es la poesía debilitada, afeminada, sin virtud ni sentimiento; es el arte de vestir y perfilar graciosas naderías. Fué lo bastante para dar gloria al nombre de Carlos de Orleáns.

Sobrino de Carlos VI, hijo de Valentina de Milán y de Luis de Orleáns, que asesinó á Juan sin Miedo, marido de la viuda de Ricardo II de Inglaterra, viudo y huérfano á los dieciocho años, casado en segundas nupcias con una d'Armagnac, jefe de partido en la lucha contra los

1. El Tiempo se despoja de su manto  
De cierzo, frío y lluvia;  
Del refulgente sol los claros rayos  
Bordados mil dibujan.  
Ríos, fuentes y arroyos, cual librea,  
Muestran gotas que aljofares simulan.

borgoñones, cuyos golpes abrieron la brecha por donde penetró Inglaterra en nuestro país; prisionero después de Azincourt durante veinticinco años, distrajo con la poesía sus largos años de ocio<sup>1</sup>. De esta suerte esperó el día en que, á los cincuenta años podría, á costa de una reconciliación con los asesinos de su padre, terminar en Blois su triste vida en medio de una corte amable, cortés y delicada, en la que abundaban los músicos, los juglares, los artistas y los bailarines.

Era un ser débil y refinado, un diletante, un ático, un hombre galante, falto de vigor, un poeta alambicado y sin pasión, un cincelador de cosas raras y menudas, de baladas y rondeles para escaparates, un aficionado á los esmaltes, á las joyerías y bordados, á los objetos de arte finos, frágiles, menudos, y que exigen gran paciencia. Sobre motivos que tienen por carácter la más completa vulgaridad, traza graciosos y tenues arabescos, elegantes fiorituras, y labores de araña, como se ven, no ya en las guardas de las espadas, sino en los joyeros y en las cajas de pastillas.

Posee sin embargo dos cualidades. No es pedante, ni hizo mella en él la erudición habitual de sus contemporáneos, todos ellos compiladores infatigables, por haberle puesto á cubierto de su influencia los espesos muros de sus prisiones, Windsor, Bolingbroke, la Torre de Londres, Hamphill, ó Wingfield. Á lo menos tuvo el mérito de ser sencillo en la concepción de sus ideas y de sus invenciones. En segundo lugar, fué un versificador encantador, melodioso, armonioso, límpido como el cristal de roca en el que habían cincelado las copas y camafeos, que tanto había admirado en su juventud, en las colecciones artísticas de los Visconti y de los Valois.

Por un fenómeno extraño, el que gozó en aquellos tiempos la mayor reputación de armonía melíflua fué Eustaquio Deschamps, cuya lengua nos parece hoy bastante ruda. De aquí se ha deducido que acaso no sabemos pronunciar sus poesías, lo cual es posible. Pero al leer á Carlos de Orleáns, se experimenta sensación de dulzura, de caricia y de encanto para el oído, y esto ya es algo, aunque no es todo. Está muy bien que el vestido sea lindo, de color agradable, de tejido suave y flexible y que sus adornos sean deliciosos y agradables á la vista; pero es preciso que haya algo debajo del vestido.

Carlos de Orleáns tomó parte en tales acontecimientos que hay pocas existencias tan dramáticamente románticas; pero tomó parte en ellos sin adquirir el menor matiz sombrío, de igual modo que el coral sale puro y sonrosado del cieno en que ha dormido. Es de suponer que la verdadera vida de los poetas es la vida de su imaginación, puesto que

1. También se escribieron en prisiones *La Cántiga de los clérigos de Talavera* del Arcipreste de Hita, y *El Rimado de Palacio* del Canciller Pérez de Ayala; pero; qué diferencia hay entre los melindres literarios de Orleáns y la chispeante sátira del Arcipreste, y la tremenda flagelación del ilustre Canciller! (N. del T.).

combinan y disponen felizmente las más espesas urdimbres de los más negros dramas, y puesto que la existencia trágica de nuestro poeta jamás le distrajo de sus sueños dorados, poblados de imágenes risueñas, vestidas de perlas, de rocío y de aire puro.

Si no debemos olvidar á Martín Lefranc (1410-1460), el armonioso rimador del *Campeón de las Damas* y de *Querrela entre la Fortuna y la Virtud*, que tiene páginas elocuentes y generosas, conviene también citar con encomio á Marcial de Auvernia, autor de las famosas *Vigilias de Carlos VII*, relato poético de su reinado, en 15.000 versos distribuidos en lecciones, antifonas y responsos como una misa de vigilia; en este poema, como en sus *Sentencias de amor*, en prosa, y en el *Amante Franciscano*, la sátira y el sarcasmo producen efectos seguros é ingeniosos, pero cuya persistencia cansa al fin. Á últimos del siglo xv está de moda la ironía que impera en todas partes. Marcial supo manejarla con arte y vigor; pero si la elocuencia continua fastidia, la ironía continua deseca y entristece, lo cual es peor. Un poco de confianza, de bondad y de esperanza no hubieran sentado mal sobre aquel lago de hiel.

Pero apresurémonos á llegar al más grande de todos aquellos poetas, á Villón.

Francisco Villón, es decir, la vida irregular y bohemia de la gente maleante que, cuando llega el caso, apalea á la justicia; los hurtos en las tiendas para procurarse alegres comilonas; los robos, raterías y otras gracias por el estilo; los días de cárcel, el desenfreno en las tabernas infames, las borracheras, los nocturnos aquelarres, el trato con gente dudosa que tiene por divisa «viva la basura»; el miedo á la cuerda y al tormento, las francachelas y caravanas en las estrechas callejuelas extraviadas; la vergüenza de una vida sin fin y sin moral, completamente desenfrenada, sin pensar para nada en el mañana, es decir, la existencia horrible y repugnante del que vive fuera de la sociedad regular; tal es el retrato ordinario, por decirlo así el clisé, que se nos da de Villón y, como por otra parte, se está de acuerdo en reconocer que, á no ser por él, no hubiera habido en el siglo xv hermosa y verdadera poesía lírica<sup>1</sup>, resulta extraordinariamente falso el adagio que rimó Boileau:

Le vers se sent toujours des bassesses du cœur<sup>2</sup>.

1. Hablando de la poesía francesa á fines del siglo xv, dice Menéndez Pelayo en la ya citada *Antología* (tomo V, p. CCVI) «La poesía francesa olvidada de sus orígenes épicos, se pierde en insulseces alegóricas, salvo cuando desciende, con la fresca musa de Villón, á la taberna y al mercado.» (N. del T.)

2.

Del alma la bajeza revélase en los versos.

¿Pero es exacto el cuadro anterior? ¿No se ha rendido culto, — al hacerlo y al rehacerlo, merced á una connivencia tácita, — á lo pintoresco? Vale en verdad la pena de examinar los hechos y de resolver si un perdido puede ser un gran filósofo.

De la leyenda formada acerca de la vida hampesca de Villón hay que descartar ciertos hechos innegables y no querer presentar á nuestro poeta como el modelo del perfecto hombre de sociedad.

Villón se llamaba probablemente Moncorbier, á no ser que se llamase Desloges ó Michel Mouton ó Corbeuil, pues con todos estos nombres figura ya en sus obras, ya en las sentencias del tribunal de policía con el que tuvo que habérselas en más de una ocasión. En cuanto al nombre de Villón, es el de una aldea situada cerca de Tonnerre y el de un cura de dicha comarca que se encargó de la educación del joven Francisco. Éste le demostró su agradecimiento robándole su nombre, que era tal vez lo único que le podía robar. Sin embargo puede verse en esta elección una prueba de estima, de gratitud y de adopción completa.

Sus padres eran gente humilde, su madre no sabía leer. Su padre fué zapatero ó guarnicionero, si hemos de dar crédito á un rondel del poeta y á la balada de los pobres guarnicioneros. Á lo menos sintió noble ambición por su hijo, pues le hizo estudiar; fué bachiller en 1449 y licenciado en 1442, á los veintiún años, pues había nacido en 1431. No llegó á maestro en teología, como él mismo lo dice. En una de sus poesías, hace la siguiente confesión:

Mais quoi? Je fuyais l'école  
Comme fait le mauvais enfant<sup>1</sup>.

Es pura fanfarronería; al hablar tan mal de sus estudios, hace alarde de holgazanería y le sorprendemos en flagrante delito de mentira, lo cual debe hacernos desconfiar respecto á las picardías que cuenta y que se atribuye, pues no vacila en mostrarse, como por coquetería, un verdadero perdido.

Seguramente, durante unos veinte años, á partir de la época de sus estudios, — pues murió hacia los cuarenta, entre 1460 y 1463, — había cometido algunas fechorías. En el barrio latino había contraído relaciones peligrosas y había trabado amistad con malos sujetos que le pegaron sus perversas costumbres. Para un pobre aldeano como él, solo y abandonado en medio de aquella población densa y hormigueante de estudiantes de todos los países y de todas las clases, el peligro era más grave que para cualquier otro. Entre esta loca juventud reina cierta tendencia deplorable, cierta fanfarronería del vicio, de que fué á la vez presa

1.

Huí yo de la escuela  
Como muchacho travieso.

y víctima, por falta acaso de consejos y de familia. Fué pendenciero, como el más atrevido estudiante, y el 5 de junio de 1455, tres años después de su licencia, mató á un sacerdote en una riña. Huyó, lo mismo que hizo Beaumarchais en su juventud, después de haber muerto á su adversario en duelo. Fué condenado y luego absuelto en 1456. Volvió después á París y se metió con mala suerte en una intriga amorosa que le valió algunos garrotazos. Sus relaciones no eran muy escogidas, á lo menos dejaban bastante que desear, pues sus amigos robaron 500 escudos de oro en el colegio de Navarra, en 1457, y él se vió comprometido en el asunto, hasta tal punto que creyó prudente privarse durante tres años de vivir en París. En 1461 no había vuelto todavía, pues se hallaba en la cárcel de Meung-sur-Loire, no por crimen ó por robo, sino por haber hablado con poco respeto de la religión; en efecto, fué el obispo y no la justicia seglar quien le privó de libertad. Luis XI le hizo poner en libertad en octubre de 1461. ¿Qué fué de él? Ni los anales de la policía, ni la historia literaria mencionan su nombre después de este suceso. Como el ave del bosque, que siente su fin próximo, se había ocultado no se sabe dónde para morir después de exhalar su último canto.

He aquí una existencia que nada tiene de edificante: asesinato de un cura y complicidad en un robo, cosas que no dejan muy bien parada la elevación moral del poeta calavera. Sin embargo, no hay que sacar de esto conclusiones. Los hechos aumentan y se desnaturalizan con los siglos; de la historia se pasa fácilmente á la leyenda, para lo cual sólo basta un poco de imaginación. Cuesta trabajo aceptar el retrato ennegrecido, horrible, que nos han hecho algunas veces de Villón presentándole como un verdadero perdido, un miserable asesino, un loco de atar y un racimo de horca.

Si el poeta hubiera sido un personaje tan poco interesante ¿cómo puede explicarse que durante su vida se interesase por él tanta gente honrada? Tenía en París poderosos protectores y, después del asesinato del sacerdote fué, gracias á ellos, absuelto dos veces: una en la cancillería Real y otra en la cancillería del Parlamento. ¿No prueba esto que hubo en la citada muerte circunstancias atenuantes, puesto que tantas personas importantes y de elevada situación contribuyeron á que fuese absuelto?

Cuando Villón fué preso en Meaux ¿lo hubiera hecho poner en libertad Luis XI si su delito hubiese revestido caracteres de suma grave-

1. La literatura y, sobre todo la poesía, gozaba en aquel tiempo de tal prestigio en Europa, y las costumbres eran, en general, tan libres, que no es extraño el favor de que gozó Villón. Hablando del famoso Villasandino, poeta de aquella época, que se distinguió por su procaacidad y malas costumbres, dice Menéndez Pelayo: « Los tiempos andaban tales que aquel jugador cínico, que vendía su ingenio como las ramerías su cuerpo, no sólo fué el poeta áulico y oficial de tres reinados, favorito de reyes y princesas, sino que llegó á ser caballero de la orden de la Banda. » (N. del T.)

dad? ¿No sabemos, por otra parte, que era recibido en casas muy honradas y que frecuentaba la del preboste de París, cuya esposa reunía en torno suyo una brillante corte de poetas? Fué familiar de Carlos de Orleáns, cuyos concursos poéticos dirigió, y de Juan de Borbón. Tampoco ignoramos que Villón, en medio de su pobreza, tenía algunos medios lícitos de ganarse la vida, que daba lecciones y que si conoció tan perfectamente á Donat es por haberlo enseñado á sus discípulos. He aquí la mejor nota, porque, en el orden moral, el profesorado ennoblece.

¿Cómo conciliar tantas presunciones en favor suyo con las atrocidades que se le atribuyen? ¿No obedecerá esto á que han sido aumentadas y exageradas por los historiadores? Hay que colocarse en pleno siglo xv. La moral pública estaba muy lejos de ser lo que es hoy. La vida era más ruda y la brutalidad era cosa corriente. Batirse en las calles, tirar de la espada y manejar la daga eran ejercicios que no llevaban consigo ninguna nota de infamia ó de descrédito: era la costumbre. No había estudiante que no se hallase expuesto á defenderse y á matar á su contrario. El perseguir y apalear á la policía fué la más divertida ocupación de los jóvenes. La prisión abría más ampliamente sus puertas que hoy, y era en general más hospitalaria, menos mal frecuentada y menos deshonrosa. Carlos de Orleáns y Juan de Borbón no tenían el menor inconveniente en recibir á Villón recién salido de la cárcel y que había sufrido el tormento del agua.

Teniendo en cuenta la diferencia de las épocas debemos agregar también que, á pesar de la mala reputación de que goza, nos parece Villón demasiado simpático para considerarle como un verdadero bandido. Hijo piadoso, habla de su madre con conmovedora adoración hacia aquella buena vieja, cuyo arrugado rostro y cuya mirada tímida ha logrado hacernos estimar. No le faltaron briosos acentos para expresar su fe y su patriotismo: nadie habló mejor que él ni con emoción más conmovedora, de Juana, la Buena Lorenesa, ni nadie se indignó con más elocuencia contra los que « pretendiesen hacer daño al reino de Francia. »

Tuvo hermosos y nobles sentimientos; fué bueno, servicial, fiel, bravo y galante; sería verdaderamente extraordinario que tan estimables cualidades hubieran podido hallarse en el alma de un pícaro y de un bandido, y que tan negra indignidad hubiera deshonrado, sin destruirla, la inspiración del más encantador de los poetas.

En verdad hay que confesar que la gente es muy extraña. Hemos tenido en nuestra época un Villón: es decir, Verlaine. Igual existencia, las mismas aficiones populares, la misma fe religiosa, el mismo patriotismo, la misma vida en la cárcel, cuando no era en el hospital, la misma existencia desordenada, sin freno, inculta; y, si ha

de inclinarse la balanza del lado de lo irregular, seguramente se inclinaria de parte de Verlaine, porque no hubiera sabido qué hacer en compañía del príncipe Carlos de Orleáns. Verlaine fué desenfrenado, borracho, manejó el revólver y vivió, como quien dice, fuera de la ley, de las costumbres y de la sociedad: fué en verdad nuestro Villón. Sin embargo se le absuelve, se le inciensa, se le erigen estatuas y se le estima por su candor, por su poesía brutal ó dulce, por sus arranques de misticismo y su genio lírico, y nosotros nos apresuramos á reconocer que hacen bien en ello.

Pero reclamemos á los menos para Villón la legítima indulgencia que se concede al primero, y protestemos contra los insultos inútiles que se lanzan á puñados contra aquel gran desequilibrado, cuyos delitos se hallan mal definidos y son hipotéticos: la duda debe favorecer al acusado.

Lo único que sabemos es que la vida de francachelas no había envilecido su alma, que conoció los nobles sentimientos, el entusiasmo y también el remordimiento. Escuchemos en sus cantos los acentos de bondad, de fe y de caridad, escuchemos el lamento de los desdichados que gimen en los ecos de sus enérgicas baladas, y no fijemos únicamente nuestra atención en las manchas para desconocer los méritos. Es más, reconozcamos que Villón no lo perdió todo, ni tampoco la poesía francesa, con andar en tan malos tratos, que le alejaron del género florido, rebuscado y alegórico, de la retórica llena de afeites según el gusto de su época. Carlos de Orleáns y sus poetas de corte, adornaban con bordados y perifollos lo vacío de sus invenciones y de sus sentimientos. Villón rechazó con el pie todos aquellos brillantes andrajos y vivió sus baladas, que son la expresión conmovida, sincera, espontánea y lírica de sus pasiones, de sus sufrimientos y de sus angustias, que él cantó con vigor, con verdad y con realismo. Orientó la poesía hacia la observación verdadera de la naturaleza. Clemente Marot sentía que Villón no hubiera sido « educado en las cortes de los reyes y príncipes donde la lengua se afina ». Esta expresión de pesar era una amable lisonja dirigida á Franciso I y su corte, pero era superflua. Si Villón hubiera sido un cortesano, hubiera perdido mucho y nosotros también.

Él solo, en medio de una época de convención y de charla insubstancial y sabia, habló según su corazón y dijo cosas que nos conmueven aún, porque procedían verdaderamente del fondo del alma. Nada hay en él de precioso, de raro, de rebuscado ni de refinado; sólo se ven en sus poesías lugares comunes, el pesar, el sufrimiento, el miedo á la pobreza y á la muerte; pero todo ello está dicho con tal intensidad de turbación y de terror humano, que este poeta tan personal se ha convertido en el más generalmente humano y en el más conforme con